

DISCURSO

Pronunciado por el licenciado Roberto Reyna, Rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo en la apertura de la Sala-Museo don Pedro Mir en la Biblioteca Pedro Mir

Santo Domingo, Distrito Nacional, 18 de julio del 2006

Señoras y Señores:

Cuando se concluyó la construcción de esta impresionante Biblioteca, la Universidad Primada de América no dudó en ponerle el nombre de uno de sus hijos más ilustres, la bautizó con el nombre de un lector avezado que desde su juventud fue conocido en su Macorís del Mar como un devorador de libros.

A los 17 años, los ojos asombrados de Pedro Julio Mir Valentín descubrieron los mejores libros de la poesía de su tiempo. En sus manos temblorosas de muchacho pueblerino se posaron, como pájaros milagrosos, las obras poéticas de escritores como Rubén Darío, Julio Herrera Reisig, Víctor Hugo, Julio Verne, Joyce, Proust, Guillermo de la Torre, Baudelaire y Rimbaud.

Leía con fruición diversas antologías de poetas españoles, chilenos y uruguayos que encendieron el fuego poético que ardía en su vida y que doró los versos que lo hicieron famoso.

El nombre preclaro de Pedro Mir reúne méritos suficientes para distinguir una de las más grandes y modernas bibliotecas latinoamericanas, pero era necesario y justo que, además, un área especial de estas instalaciones se convirtiera en sala-museo para acoger los libros y objetos personales del gran autor de Contracanto a Walt Witman.

Este hombre sensible a la herida sublime de la metáfora comenzó a enamorarse de la Literatura cuando, mediante su sensibilidad social y su fervor patriótico, se dio cuenta de que la República Dominicana es un país "Sencillamente liviano, como un ala de murciélago apoyada en la brisa".

La literatura comenzó a deslumbrarlo y se transfiguró en poeta cuyos poemas de largo aliento reflejan esa voluntad de no renunciar a ser ciudadano de un país donde los campesinos no tienen tierra.

Narrador recio, profundo ensayista y profesor universitario querido y respetado, fue dueño de una honda voz poética por la que se le reconoce como uno de los grandes cultores de la poesía hispanoamericana con temas de compromiso social a favor de los excluidos.

Pedro Julio Mir Valentin nació en San Pedro de Macorís el 13 de junio de 1913. Claro que no tenía que nacer un día 13 de un año 13 para ser el eximio poeta que fue.

Hijo de un mecánico industrial cubano que se estableció en San Pedro de Macorís a principio del Siglo XX y de la puertorriqueña Vicenta Valentín, nadie pensó que este sería uno de los dominicanos más ilustres de ese Siglo.

No obstante sus roles relevantes de educador, periodista, abogado, historiador, es principalmente su papel de orfebre mayor del verso el que le permite ser recordado con orgullo por una posteridad que sabe aquilatar su poesía socialmente comprometida con las grandes mayorías de la gente que puebla ese país que hay en el mundo.

Cursó su educación primaria y secundaria en su pueblo natal, donde se graduó de Bachiller en la Escuela Normal. En su juventud ejerció el magisterio y comenzó a publicar sus primeros textos poéticos. Se graduó de Doctor

en Derecho en la Universidad de Santo Domingo en 1941.

Seis años más tarde, es decir, en 1947, partió hacia el extranjero por razones políticas y de salud. Permaneció en Cuba casi veinte años, país hermano en cual publicó, en 1949, su célebre *Hay un país en el mundo*, poema con el que tuvo la valentía de poner el dedo en la llaga respecto de la situación social que vivía entonces la República Dominicana y que le dio prestigio continental.

Al regresar a su patria ingresó como Profesor de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, su Alma Máter en la que se dedicó a la investigación histórica y estética, al ensayo y periodismo literarios.

Por su ensayo sobre la Doctrina Monroe recibió el *Premio Anual de Historia* y con el

extenso poema *El huracán Neruda* obtuvo el *Premio Anual de Poesía*. En 1984, el Congreso Nacional lo declaró Poeta Nacional, por la relevancia de su obra conjunta.

En 1993 alcanzó don Pedro Mir el más alto galardón que puede obtener un hombre de letras dominicano: el Premio Nacional de Literatura, que conceden la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Educación, por la obra de toda su vida hasta ese momento.

La Universidad Autónoma de Santo Domingo cumple hoy con el deber moral de rendir tributo a uno de sus grandes hijos al ponerle el nombre de Pedro Mir a esta Sala-Museo en la que los dominicanos y dominicanas del presente y del futuro entrarán en contacto con la impronta de este paladín de las bellas letras.

En el nombre de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y en el mío propio, quiero dar las gracias a la viuda e hijos de don Pedro Mir por la grandeza de espíritu con que hicieron la donación de los libros y objetos personales del gran literato a esta Universidad en la que tan a gusto se sentía y a la que dedicó su sabiduría, su hombría de bien y sus versos que fueron la gran pasión de su vida.

Muchas gracias.